

Por la mañana fue al ministerio bien temprano. Se encontró con el viceministro Arnold Rodríguez, quien le dio el pésame. Arnold trabajaba en una oficina cerca de la gran puerta del ministerio, que era el antiguo palacio de los Gómez-Mena. Arnold era partidario del Che Guevara y como este en un discurso no lejano había echado pestes del burocratismo había tomado la diatriba en su sentido recto y había prescindido de su buró. Ahora trabajaba sentado en un sofá y las carpetas y papeles que debían estar encima del escritorio estaban regados por el suelo o hechos montoncitos en los rincones. Como se habían visto a principios de año en Madrid, en una reunión de jefes de misión de Europa Occidental, y más tarde en París, tenían poco que hablar y solamente intercambiaron algunos comentarios sin mayor consecuencia. Luego pasó a la oficina del ministro Roa. Este lo recibió sentado en su buró. Él se sentó en un sofá a la izquierda y luego Roa vino a hacerle compañía en el mueble. Le dio el pésame y le dijo que él no había podido ir al entierro por su mucho trabajo pero que había mandado a su hijo. Él le dijo que lo sabía y le dio las gracias.

–Bueno, hablando en plata –dijo Roa–, nosotros estamos muy satisfechos con tu trabajo en Bruselas y pensamos enviarte para allá con el rango de ministro encargado de negocios.

–Ah, muchas gracias.

—¿Cuándo tú crees que puedas regresar? —le preguntó el ministro mientras se daba brillo en el zapato izquierdo con la pierna derecha del pantalón.

—En una semana, a más tardar.

—Está bien, me parece bien. Ahora hay una cosa que quiero preguntarte. No es más que un rumor, pero ¿es verdad que este hombre, Arcos, bebe, que le ha dado por la bebida?

Había hablado, como siempre, demasiado rápido, atropellando las palabras, y por un momento él no entendió bien. Pero enseguida comprendió de qué se trataba: era seguro uno de los informes de Aldama.

—No, ministro. Que yo sepa, no. Yo nunca lo he visto borracho. Él bebe vino con las comidas y cosas así, pero nunca lo he visto ni siquiera bebido.

—No —dijo Roa—, si yo me di cuenta de que era un chisme sin mayor importancia.

Pero por debajo de sus palabras estaba mortificado. Él sintió que Roa hubiera querido que el chisme fuera cierto. Había, desde hacía tiempo, una vieja enemistad entre la familia de Roa por parte de su mujer, los Kourí, quienes echaban la culpa a Arcos de la toma de asilo de un hermano de ella que había sido consejero comercial en Bruselas en los primeros tiempos de la Revolución. Según este agravio, Kourí había pedido asilo en Estados Unidos llevado por la persecución sistemática de Arcos. Como él conocía lo suficiente a Arcos para saber que era incapaz de llevar a cabo nada sistemáticamente, dudaba de que la historia fuera cierta. Roa, por supuesto, no quería a Arcos de embajador, pero tenía que tragárselo no sólo por su historia revolucionaria, desde los días del asalto al cuartel Moncada, sino también por la amistad que había entre Arcos y Raúl Castro. Ahora, se rumoreaba desde hacía unos meses que Arcos no regresaría a Bruselas sino que se haría cargo

de la embajada cubana en Italia. Al menos esto le había dicho por teléfono una vez que él lo llamó desde Bruselas, y además le había prometido llevárselo de encargado de asuntos culturales en Roma.

–Bueno, ministro –dijo él–, no le ocupo más de su tiempo. Ya volveré la semana que viene antes de irme a recibir sus instrucciones.

–Sí, sí, por supuesto –dijo Roa y se despidieron. Él volvió al despacho de Arnold Rodríguez, quien le dijo que debía llegarse a ver a Rogelio Montenegro, que era el jefe del buró de Europa VI o Europa Occidental, para cambiar impresiones. Él dijo que lo haría el lunes, que ahora estaba muy cansado, y se fue.

Caminó hasta la casa de sus padres, que estaba en la misma avenida, sólo que al otro extremo. A pesar del calor del mediodía, cuyo sol lo dejaba sin sombra, gozó el placer de caminar bajo aquel cielo profundo y blanco. Se quitó el saco y lo llevo colgado sobre un hombro, también se soltó un poco la corbata. Recorrió la Avenida de los Presidentes por la acera bajo los árboles, no por los soleados jardines del medio. Al llegar a la calle 17 se sintió tentado de llegarse hasta la Unión de Escritores, una cuadra hacia el este, pero decidió seguir rumbo a su casa. Aunque no tenía hambre ya era la hora del almuerzo.

Llegó a la casa sudando y subió en el elevador hasta el tercer piso. En el elevador lo saludó una hermosa mujer rubia que siguió en el elevador hasta más arriba. Él le devolvió el saludo pero no tenía la menor idea de quién podría ser. Cuando llegó a la casa preguntó por ella y por la descripción le dijeron que esa era Leonora Coll, que vivía en el quinto piso.

El almuerzo era un poco de frijoles blancos, arroz y unas papas. Apenas si comió. No era tanto la falta de apetito como lo poco apetitosa que era la comida.

Después del almuerzo su hija Ana quería comerse un tocinillo del cielo en el Carmelo y caminaron la escasa media cuadra hasta el restorán. El dulce costaba un peso y pensó que un dólar era demasiado pedir por un postre revolucionario. Mientras su hija se comía el tocinillo del cielo, él pidió un café pero el camarero le dijo que no podía servírselo, ya que el café era solamente para los que comieran en el restorán. Regresó a la casa donde tampoco había café ya que no le tocaba en la cuota todavía. ¿Y el café con leche de por la mañana?, preguntó. Eso no era café con leche. Era un ersatz preparado con leche, de la cuota que tocaba a la hija menor por no tener todavía siete años, y azúcar quemada. Sintió una repugnancia retrospectiva.

Se sentó en la terraza. Viendo pasar la gente por la acera del frente y por los jardines del medio les vio una identidad extraña. Fue a buscar sus anteojos, preguntándole a Hildelisa si sabía dónde estaban —sí sabía—, para ver a los caminantes de más cerca. Cuando los encontró, regresó a la terraza. Vio venir más gente y se ajustó los anteojos. Observó el paso regular pero cansado, los brazos flácidos a un lado, el aire lacio, y todos le parecieron como agobiados por un pesar profundo. Podía ser el sol de las tres de la tarde, pero siempre había habido sol en Cuba y esta gente eran de todo: cubanos viejos, de mediana edad y jóvenes. Y todos caminaban igual. Ya supo qué parecían: ¡los zombies de Santa Mira en la *Invasión de los muertos vivientes!*